

¿Hasta cuándo han de esperar los niños

«**L**A palabra progreso no
tendrá sentido mientras existan niños desgraciados.»

(Einstein)

*Nos asaltan cada día noticias sobre maltrato y muerte de niños en el seno de sus propias familias, el espacio de protección que por naturaleza les corresponde. Los rostros interrogantes de los niños del mundo subdesarrollado, desde la pantalla del televisor y desde de la prensa, muestran la terrorífica realidad que sufre la infancia en el portal del nuevo milenio, en silencio, sin posibilidad de defensa y, por supuesto, sin culpa alguna. La **Declaración de los Derechos del Niño (1998)**, que supone su reconocimiento como persona, es permanentemente conculcada. Así lo demuestra UNICEF en su informe sobre el Estado Mundial de la Infancia 2000, dado a conocer el pasado mes de diciembre, en el que se nos dibujan los perfiles de la **guerra no declarada** contra niños, mujeres y adolescentes, en este último decenio, pero de muy antigua data. El Informe nace como una urgente exhortación al liderazgo para*

que se cumplan definitivamente las promesas que hicieron a los niños para liberarlos **de la pobreza, de la enfermedad, de la discriminación y de la violencia**. Prologado por el secretario general de Naciones Unidas, muestra —creemos— un excesivo optimismo en relación con algunas acciones emprendidas en la última década, que contrasta con los hechos denunciados. Se impone la reflexión.

Estado Mundial de la Infancia 2000 en el mundo subdesarrollado

SI bien estamos de acuerdo con la premisa fundamental que abre y cierra el informe de que **la fuente del progreso humano reside en la vigencia de los derechos del niño, porque un niño en peligro es un niño que no puede esperar, no creemos posible esperar que las pautas de pobreza, violencia, enfermedad y discriminación que se transmiten de generación en generación pueden romperse en el lapso de una sola generación. Es comprensible que UNICEF destaque logros importantes —erradicación de la poliomielitis, mejora de la TMM5, etc.— como autojustificación e invitación al apoyo y a la concienciación buscadas; pero, aunque en los últimos años se ha avanzado algo, queda mucho por hacer. Sólo algunos datos: 600 millones de niños sometidos a la indignidad de la pobreza, de los conflictos y del caos económico generados por los mayores; 8.500 niños y jóvenes que se contagian diariamente de SIDA. Virus y pobreza forman una terrorífica y eficaz alianza: en África, en 1998, 23 millones de infectados y dos millones de muertos; y la pandemia encuentra su presa preferida en niñas y mujeres jóvenes pobres, sin educación y, por tanto, sin posibilidades de la mínima información preventiva. De**

los once millones de huérfanos del Sida, 90 por 100 son africanos. Se multiplican las aldeas del virus: cabañas desiertas, campos sin cultivar, niños y adolescentes aturdidos por la orfandad, adolescentes obligados a cuidar a sus padres agonizantes y luego a sus hermanos, a los que la comunidad relega como apestados, con pérdida de los escasos bienes de sus progenitores desaparecidos... Son privados de su infancia y de todos sus derechos a crecer, a estudiar o a desarrollar su potencial humano; tanto como los huérfanos desamparados que viven en las calles de Calcuta, Río o Bogotá.

CUANDO los conflictos bélicos se desencadenan, **no hay refugio para los niños**, máxime con las reglas de la guerra imperante: multiplicación de conflictos dentro de territorios nacionales —sólo en África más de 30 desde 1970—, con un 90 por 100 de víctimas civiles. En los últimos diez años, dos millones de niños asesinados —muchos obligados bajo coacción a participar como soldados, esclavas sexuales o cargadores—; más de seis sufren lesiones o quedan discapacitados; o son mayoría entre los 31 millones de desplazados. Son las víctimas inocentes de la locura colectiva de la «depuración étnica» de la ex Yugoslavia, de las amputaciones espeluznantes de Sierra Leona o de Timor Occidental o de las minas asesinas. Y pueden sucumbir a los dictados de otra práctica abominable: la venta como esclavos por deudas familiares. En Asia Meridional, de 20 a 40 millones pasan su infancia y su adolescencia encorvados sobre telares o fabricando ladrillos hasta la extenuación; y perpetúan la servidumbre familiar transfiriéndola a sus hermanos menores después de 10 ó 12 años. Según la OIT, en los países en desarrollo trabajan 250 millones de niños entre 5 y 14 años; y de 50 a 60 millones lo hacen en condiciones peligrosas. Las

crisis financieras y la deuda ya histórica de estos países encuentran en los niños las víctimas más vulnerables. Más aún, si son niñas. Desde que nacen, sus derechos están en peligro. Se calcula en 60 millones el número de «mujeres desaparecidas»; en Asia Meridional, las embarazadas pobres, preocupadas por el costo de la dote de una hija, caen en el feticidio femenino, con alto riesgo de su salud, e invierten la proporción natural de nacimientos: de 103 varones/100 mujeres a 100/60. Si sobreviven a este primer momento de brutal selección de la especie, estas hijas de la pobreza vivirán siempre la discriminación —en educación, atención médica y alimentación— respecto de sus hermanos varones. Y serán población de máximo riesgo para contraer el SIDA, en la prostitución tanto como en el matrimonio: en 1998, 900.000 mujeres muertas, más de tres veces el número de víctimas de la guerra de Bosnia.

Las víctimas infantiles del mundo desarrollado

INCLUSO *sin guerras de por medio y en países desarrollados, la violencia llega al seno de la familia del niño. La privacidad impide la cuantificación real del daño; pero, cada vez con más frecuencia, vivimos a través de los medios las historias de violencia de padres a hijos; de armas que la nueva industria armamentística pone en manos de niños y jóvenes, con resultados trágicos. El informe no hace referencia a los que son víctimas, en nuestros contextos privilegiados, de otras formas más sofisticadas: explotación sexual; drogadicción; discriminación social —baste recordar los adolescentes hispanos que esperan, en algunos estados de EE.UU., cumplir la edad legal para que les sea aplicada la pena de muerte—; formación deficiente en valores; educación para la violencia, de la que son responsables los medios*

de comunicación, los publicistas, los fabricantes de juegos y las administraciones políticas y educativas. Tampoco se analiza la hipócrita actitud del viajero del Norte en sus incursiones turísticas sexuales en el Sur, que contribuye impunemente a la transmisión de enfermedades y a la explotación del indefenso; ni el mercado de órganos que trafica con la pobreza extrema de otros seres humanos. Pero sí denuncia que, en países de economía pujante, la pobreza, oculta bajo los indicadores nacionales, afecta también al niño: en Nueva York, por ejemplo, el porcentaje de nacidos en la indigencia, entre 1990 y 1996, aumentó desde el 44 por 100 hasta el 52 por 100, y el número de niños sin hogar se incrementó en un 21 por 100.

La insidiosa alianza de factores

*LOS Estados se han comprometido a proteger al niño contra toda forma de violencia o de explotación en la **Cumbre Mundial a favor de la Infancia** (1990). Mas, la violación de sus derechos es constante. A pesar del incremento de recursos destinados a la ayuda a la infancia y al liderazgo positivo que asumen algunas sociedades y organismos internacionales, los factores que inciden más negativamente en su estado se extienden y generalizan de modo progresivo y están más arraigados que hace un decenio. Interconectados entre sí, se alimentan los unos a los otros y se agravan recíprocamente. Con desarrollo de la mundialización de la economía, el número de las personas que viven en una pobreza cada vez más grave —1.200 millones: una de cada cinco personas, incluidos los 600 millones de niños— sigue aumentando, mientras las riquezas se concentran y multiplican en manos de los poderosos. A mayor desigualdad entre ricos y pobres, más conflictos y*

violencia, mayor propagación del SIDA, discriminación contra mujeres y niñas... Los recursos con que cuenta el mundo deberían hacer posible quebrar los ciclos nefastos de transmisión de estos males; pero, lamentablemente, la economía mundial —y también la demografía, que no se considera en su verdadera dimensión en el informe— ha crecido a un ritmo exponencial como el número de pobres. Aunque considerablemente mayor que en el pasado, el esfuerzo resulta insuficiente por el incremento de las víctimas.

Perspectivas de futuro para la infancia

SON muchos los niños que no pueden esperar más. La dimensión generalizada del problema obliga a la adopción de estrategias universales. En el ***Informe*** se anuncia una reunión extraordinaria (2001) de los órganos gubernamentales, los grupos civiles y las organizaciones del sistema de las Naciones Unidas; las organizaciones no gubernamentales y filantrópicas y los empresarios responsables que han entablado alianzas para rectificar los males de la infancia. Se pretende establecer una coalición mundial, un liderazgo que operará de abajo hacia arriba, al igual que desde arriba abajo, involucrando a Jefes de Estado y líderes de los círculos políticos, empresariales, académicos y religiosos, así como a los propios niños y adolescentes que ya están trabajando para lograr el cambio positivo en sus familias y en sus comunidades. Este movimiento debe integrar las fuerzas de los responsables en su totalidad. Y responsables somos todos. El Parlamento Europeo ya ha empezado a trabajar en este sentido; después de identificar las causas de la conculcación de los derechos del niño, especialmente en el contexto de la mundialización y de la sociedad de la información, ha puesto en marcha programas

comunitarios contra la violencia a los niños, los adolescentes y las mujeres, como el Daphne, que comenzará a aplicarse a comienzos de este año; o el Stop, destinado a combatir la trata de los seres humanos y la explotación sexual infantil.

COMO dice UNICEF, el progreso humano y el desarrollo global se basan en el progreso de mujeres y niños y de la vigencia de sus derechos; sin embargo, el reconocimiento y el respeto a los derechos del niño es un deber primario ineludible, que no admite ser situado como un medio para otros fines.
Obviamente, los fabricantes de armas o de minas, los generadores de conflictos bélicos falsamente políticos y los magnates económicos que concentran las riquezas del mercado a costa del hambre de la mayoría tienen una cuota mayor de responsabilidad —y de la culpabilidad—; pero son los menos proclives a cambiar de actitud. Somos nosotros los que debemos exigir el cumplimiento de las promesas: programas de desarrollo sostenido; condonación de la deuda que amordaza el presente y el futuro de los países endeudados; prioridad absoluta a los programas de asistencia sanitaria y de educación de niños y mujeres, recordando que la ayuda que se brinda a la mujer revierte en la familia; reparto de beneficios y precios justos a las materias primas procedentes de países en vías de desarrollo; etc. Y, ante todo, exigir el respeto a los derechos de la infancia en todo tiempo y lugar, sin olvidar que hablar de los derechos del niño es también preguntarse sobre el tipo de sociedad que les dejaremos en herencia.